

Río Martil: Una experiencia en el Magreb contra el nuevo muro

Luis Ferreiro

Presidente del Instituto E. Mounier.

Posiblemente jamás habríamos pisado Africa estando tan cerca de no ser por *una sensibilidad* hacia el mundo islámico que despertaron los misioneros que han dedicado su vida al Norte de Africa; su testimonio nos exigió un movimiento de aproximación concreto y activo cuando se acumularon *una serie de acontecimientos* de extrema gravedad que nos sobrepasaban y que nos recordaban las palabras de Mounier: «el acontecimiento será nuestro maestro interior».

1. Acontecimientos que golpearon nuestra conciencia

Tres acontecimientos han ejercido su magisterio sobre nuestras decisiones: la caída del muro de Berlín en 1989, la guerra del Golfo Pérsico en 1991 y la muerte de cientos de personas en el estrecho de Gibraltar en el año 1992. Los dos primeros, de alcance más universal, han provocado en el mundo árabe una dialéctica emocional de incalculables consecuencias, el último de impacto más localizado ha sido sin duda el golpe que conmocionó con más fuerza nuestras conciencias. Dejemos que la socióloga marroquí Fátima Mernissi sitúe aquellos desde el punto de vista de la otra orilla:

«Nunca los occidentales, inscritos en el recuerdo del Tercer

Mundo por su pasado de colonizadores brutales, habían conseguido mostrarse creíbles en cuanto portadores de algo bueno para las otras culturas, especialmente del credo democrático, como en el momento de la caída del muro de Berlín. Con la ayuda de los medios de comunicación de masas, este acontecimiento... insufló en lo más profundo de las medinas árabes un soplo de esperanza ancestralmente reprimido... La caída del muro de Berlín y el hundimiento en cadena de hombres, instituciones y símbolos de los despotismos de Europa del Este se vivieron como acontecimientos de alcance universal, a pesar de estar geográfica y étnicamente localizados... La gente sencilla, los artesanos de las medinas magrebíes y los campesinos de las montañas del Atlas se identificaron sin dificultad con aquellos jóvenes rubios de ambos sexos, que se besaban, cantaban y destruían el Muro, ebrios de libertad y deseos de terminar con el autoritarismo. La caída del hiyab de Berlín hizo brillar en las medinas una palabra nueva tan sulfurosa como todas las bombas atómicas: shafafiyya (transparencia). Los árabes de ambos sexos, que están excluidos del poder... de repente se interesaron por aquellos pueblos del Norte que gritaban por las calles en nombre de la libertad y la justicia. De Ale-

mania solo sabían que era un país rico, en donde la prosperidad del marco empujaba a la gente a atiborrarse de placeres más que a sumirse en la meditación y la conmiseración por la suerte de los más pobres. Y he aquí que se mostraban animados de ese sentimiento tan familiar, tan visceral, tan fundamental, de justicia y libertad, que creíamos patrimonio únicamente de los excluidos. «¡Alá!, los alemanes sienten como nosotros. ¡Quieren a sus hermanos más pobres y los liberan!» —no cesaba de exclamar Alí, un vendedor de Suq as-Sebat—. Se había comprado una televisión en blanco y negro para la tienda tres días después de la caída del Muro: «Sólo para ver el mundo, ustada (profesora), sólo para verlo». Occidente que creíamos anestesiado por el lujo y el libertinaje, se abría a emociones olvidadas desde la oleada de tinte humanista de 1968. Una Europa inesperada saltaba a las pantallas de televisión árabes: «Kafires (infieles) y humanistas, ¡Alá es grande!», murmuraba Alí, con un ojo en las babuchas y el otro en la pantalla... En plena agitación por el hundimiento del hiyab de Berlín, los europeos aparecían ante las masas árabes, justo antes del bombardeo de Bagdad, como los promotores del credo democrático que proponía la resolución del problema de la violencia

y la reducción de su uso. La poderosa oleada de esperanza universal levantada por el canto de libertad de los europeos y la promesa de condenar la violencia fueron bruscamente, brutalmente burladas por la guerra. Una guerra en la que las desconcertadas masas árabes asistieron, en sólo unos meses... al adormecimiento de aquella humanista juventud que cantaba la no violencia y la aparición en sus televisiones de otra raza que habían olvidado: la de los viejos generales con quepis y medallas, idénticos a los del ejército colonial, que contaban con orgullo las toneladas de bombas que arrojaban sobre Bagdad...

Dos semanas después del inicio de los bombardeos, Alí había vendido la televisión en blanco y negro, y entregado el dinero al Creciente Rojo marroquí para la compra de medicamentos para Irak: "Yo ya no entiendo nada, ustada. Es un asunto de jefes, pues que lo hubieran arreglado entre jefes. Los zapateros de Bagdad no tienen nada que ver con eso. Pero bombardear a la gente, ¿por qué?... ¿Cómo ver al otro en toda su diferencia sin que esa diferencia amenace y asuste?... Porque, mientras asuste la diferencia, la frontera será ley. Nací en un harén y muy pronto comprendí, intuitivamente, que detrás de todas las fronteras se esconde el terror».¹

Entre tanto la frontera se ha desplazado más al Sur, el Muro al estrecho de Gibraltar, y con él las amenazas, miedos y terrores y también la irresistible atracción de saltarlo para entrar en el paraíso prohibido.

El año 1992 nos lo habían presentado como la inauguración de la felicidad perpetua. Desaparecido el comunismo, la guerra del Golfo inauguraba un

«nuevo orden» internacional. La Comunidad Europea eliminaría las fronteras internas el año siguiente. Un heraldo del imperio del Norte, Francis Fukuyama, proclamaba el comienzo de la última era: el fin de la historia. No había que esperar grandes convulsiones, los problemas que quedaban a la humanidad eran asuntos de poca monta.

Sin embargo, un asunto presuntamente menor convirtió el año mágico de 1992 en año trágico. Apenas comenzaba la Exposición Universal en Sevilla, una serie de naufragios se sucedieron en el estrecho de Gibraltar, cientos de personas murieron intentando cruzarlo en busca de una tierra de promisión, que celebraba una fiesta a la cual no habían sido invitados. Este acontecimiento era una llamada de atención sobre el más pobre de los continentes, y a las conciencias de quienes vivimos de espaldas a él. La Asociación Pro-Derechos Humanos que presidía el P. Diamantino García convocó concentraciones silenciosas junto al Ayuntamiento de Sevilla, cada vez que algún inmigrante ilegal aparecía ahogado. Varios grupos respondimos a esa llamada y poco a poco, ¡muerte a muerte!, el número de los congregados en protesta aumentaba a la par que la conciencia de lo intolerable de la situación.

En un primer viaje ese año, comprobamos las causas del problema y conocimos a personas que nos han ayudado a comprender, como Fray Antonio Peteiro, Arzobispo de Tánger. En una carta suya, con el expresivo título de «Los "espaldas mojadas": Europa debe mojarse en África» denunciaba que el Estrecho «está siendo un nuevo muro de discriminación, de rechazo y de muerte, continuación de esa vergonzosa

línea divisoria entre el Norte y el Sur», y hacía una llamada a la solidaridad con África y sus gentes, a fin de «hacer cuanto esté a nuestro alcance para mejorar su situación en el propio país, en el campo de la formación, de la búsqueda de un trabajo, de confianza en las propias posibilidades, etc». En particular a las «organizaciones no-gubernamentales de Europa para que presten particular atención a proyectos de promoción integral de los pueblos de África».²

2. Una respuesta fraterna desde la fragilidad y la ambición

Conscientes de que tenemos el norte del Sur a 15 Km de nosotros, que somos el sur del Norte por un muro de egoísmo y de miedo a los excluidos, decidimos buscar caminos de cooperación que rompieran ese muro. En abril de 1994, Mons. Peteiro nos ofreció colaborar con el proyecto de Río Martil, población Tetuán donde se encuentra la Facultad de Letras de la Universidad de Tetuán. Los estudiantes no tienen lugares adecuados para estudiar, muchos carecen de luz y es frecuente verlos con apuntes en los «café» o en los espacios públicos.

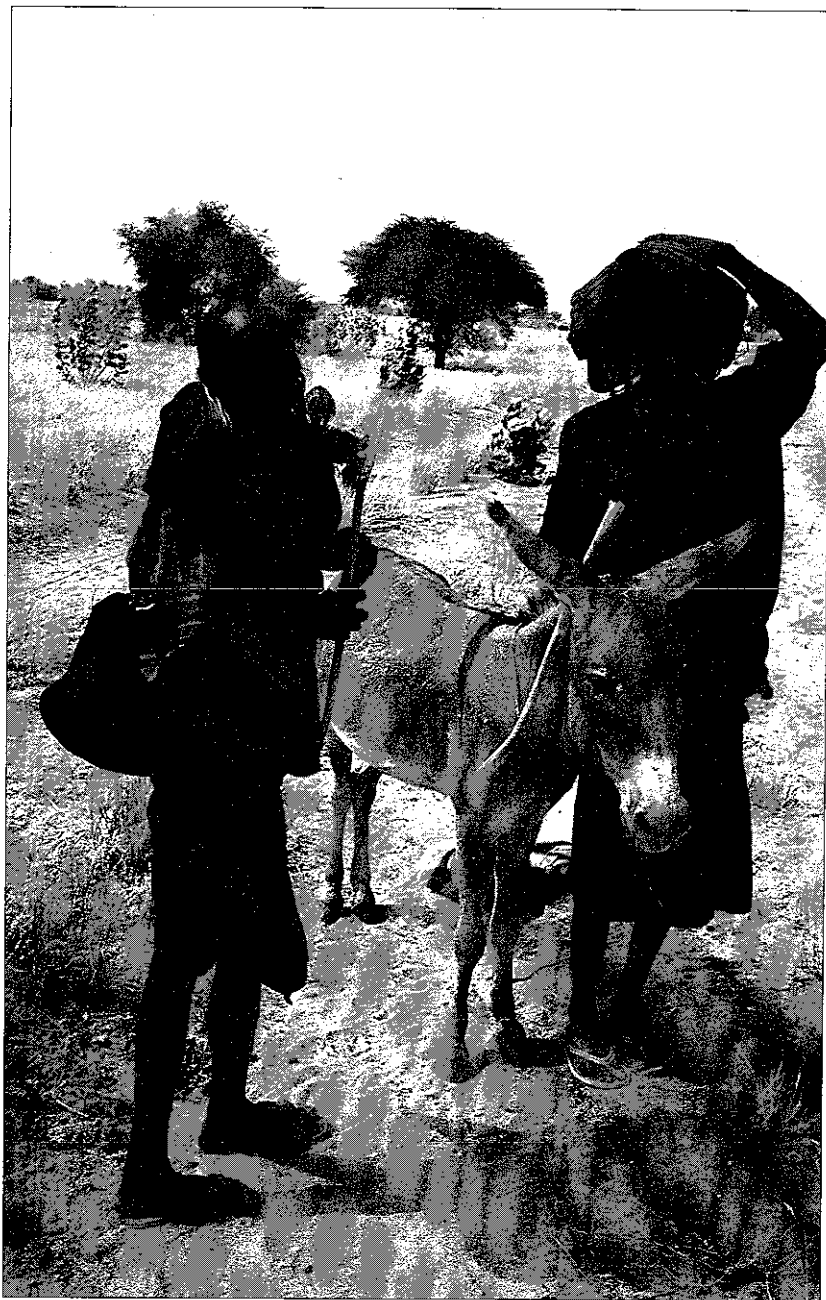
Dada la existencia de una Iglesia casi en ruinas en Río Martil y de una comunidad de Franciscanas, la Iglesia de Tánger decidió dedicar el templo a biblioteca. Además de la labor de promoción de la mujer, que las Hermanas realizaban. Era un proyecto difícil a corto plazo por falta de recursos. Nuestra colaboración era la oportunidad de acelerarlo. El Instituto Emmanuel Mounier y la Asociación Arquitectura y Compromiso Social no dudamos en promocionarlo, financiarlo y darle continuidad.

El presupuesto superaba los cinco millones de pesetas, de ellos inesperadamente obtuvimos de la Junta de Andalucía el 50%, el resto lo conseguimos, parte de nuestros bolsillos y parte de una venta de bonos sin contrapartida para el comprador, a la vez que explicábamos el proyecto e intentábamos concienciar sobre la injusticia del nuevo muro.

3. Crítica de las relaciones oficiales

No puedo dejar de denunciar la necesidad de que los gobiernos europeos rectifiquen la política mediterránea. ¿Qué testimonio de humanidad ofrecen a las sociedades del Norte de África? La Carta de París, firmada por 34 Jefes de Estado y Gobierno de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, respecto al Mediterráneo Sur dice que «se procurará intensificar la cooperación con estos Estados a fin de fomentar el desarrollo económico y social, y con ello reforzar la estabilidad en la región»; y respecto a las ONG que «estas organizaciones, grupos y personas deben participar de modo apropiado en las actividades y nuevas estructuras de la CSCE, para llevar a cabo sus importantes tareas».³

Por tanto entendemos que Europa subordina el desarrollo del Norte de África a la seguridad de su modo de vida consumista en el interior y de intereses del dinero en el exterior. Con ello cae en una contradicción, que en el fondo es el viejo dilema que Goebbels, ministro de Ilustración y Propaganda del régimen Nazi, proponía a los alemanes antes de la guerra: «cañones o mantequilla». Hoy se trata de cuánta «ayuda» exterior (que puede ser en armas) y cuánta «inversión» en armamento hay que dedicar en los presupuestos nacionales o comu-



nitarios. Para comprobarlo basten dos titulares de prensa: a) *La Guardia Civil del Mar tendrá 13 barcos y 338 agentes en 1993. La letra pequeña no tiene desperdicio: se aumentaría a 30 barcos y 880 guardias en 1994, y a 77 barcos y 2.245 hombres en 1995, contra la entrada de inmigrantes;*

b) *España invierte en investigación militar más del 21% de todos los fondos dedicados a ciencia y tecnología.*⁴

Europa no entiende que su seguridad aumenta si proporciona seguridad al Sur, sobre todo como seguridad social, esto es, con una cooperación dirigida a la sociedad y nunca a los estados auto-

ritarios, a la cooperación militar, ni el apoyo a actitudes represivas. Debe entender que la utilización de los países del Magreb para la explotación de los recursos y la mano de obra barata, al servicio de sus intereses económicos, le aleja de la seguridad, en la medida que contribuye a la inseguridad de millones de personas que aspiran a una vida digna.

Respecto al papel que asigna a las ONG denunciamos que se las quiera encuadrar en una estrategia de un organismo de seguridad europea, eso las convertiría en Organizaciones de Negocios Gubernamentales. La sigla ONG debería corresponder a la realidad contraria: Organizaciones Nacidas de la Gratuidad.

4. Una utopía que sirve para caminar

Por eso Río-Martil quiere ser una experiencia testimonial que invite a realizar otras, quiere llegar a ser un centro de encuentro pues no queremos, sólo, hacer cosas, más aún queremos promocionar personas y crear lazos sociales y culturales. Queremos trabajar por el entendimiento y la solidaridad entre los pueblos y por la paz en la que no creen los analistas occidentales que pronostican que el choque de civilizaciones será la fuente de las guerras del futuro.

Queremos conocer, comprender y respetar los valores del mundo islámico y, del mismo modo ser también comprendidos por él. Y todo ello sabiendo que, como dice la tesis 23 del Instituto E. Mounier, «estos valores se quedan en poco cuando no se viven desde la amistad» y que «me re-

conozco en lo profundo del otro cuando me sitúo en simpatía con él, cuando hago un esfuerzo de descentramiento, cuando procuro ponerme en su perspectiva... pues mientras las teorías o las filosofías dividen, solo une lo nacido en el suelo nutricio de la fidelidad amistosa».

Queremos demostrar, aunque nuestra civilización se esté convirtiendo en una corruptópolis impresentable que escandaliza a los musulmanes sinceros que presencian las TV españolas o vía satélite, que nosotros no somos conformistas y la combatimos. Optamos por una civilización abrahámica, en la cual la razón y la fe de las religiones monoteístas se den la mano. Queremos rehacer el renacimiento y poner al día el ideal de concordia con el que soñaba el renacentista italiano Pico de la Mirándola, basado en el común reconocimiento del hombre como cumbre de la creación y admirador supremo del Creador, tal como lo expresa en su Oración sobre la dignidad del ser humano: «Tengo leído, Padres honorabilísimos, en los escritos de los Arabes, que Abdaláh sarraceno, interrogado qué cosa se ofrecía a la vista más digna de admiración en éste a modo de teatro del mundo, respondió que ninguna cosa más admirable de ver que el hombre».⁵

Pico murió en Florencia —prototipo de ciudad renacentista— sin ver realizado su sueño, víctima según se cree de los enemigos de Savonarola. Nosotros queremos recoger el testigo, pues como dice Carlos Díaz, «nos aguardan muchas Florencias; no he-

mos de crear “dos, tres, muchos Vietnams” como gritó la generación del 68, sino crear dos, tres, muchas Florencias... invitando a todos a *rehacer el Renacimiento* donde lo divino y lo humano se encuentren, aunque sólo fuere un encuentro en la búsqueda».⁶ ¡Ojalá Río Martil llegue a ser una experiencia a mitad de camino entre una nueva Florencia y una nueva Córdoba!

Ésta es nuestra utopía, la que nos hace caminar y desde la que os invitamos a caminar, con estas palabras de E. Galeano: «Ella está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar». **A**

(Comunicación al II Encuentro «Cristianos y Musulmanes, Convivencia y colaboración». Granada, 4 de julio de 1995)

Notas

1. Fatima Mernissi, *El miedo a la modernidad. Islam y democracia*. Guadarrama, 1992.
2. *Acontecimiento* N° 26
3. «Carta de París para una nueva Europa», en *Política Exterior*, Vol. IV, N° 18. Madrid, 1990.
4. *El País*, a) 14/10/92 dos días después del EXPO'92, y b) 14/12/92
5. Pico de la Mirándola, *De la dignidad del hombre*. Editora Nacional. Madrid, 1984.
6. Carlos Díaz, *Valores del futuro que viene*. Ed. Madre Tierra. Madrid, 1995.